Título: Aún respiran

Pseudónimo: Frost

Avanzó cuesta arriba, a fuerza de pedaladas. La bicicleta temblaba bajo sus pies, pero no aminoró la marcha, con la mirada puesta en el horizonte. Su llegada al parque no dejó de sorprender a los viandantes, a quienes esquivaba con ágiles movimientos, hasta llegar a una verde explanada. No necesitaba levantar la vista para reconocer el Alamillo; el olor a naturaleza le inundó los sentidos, e inspirando con fuerza, volvió a emprender la marcha. Si quería llegar a tiempo a la Cartuja, debía darse prisa.

Era la primera vez que dejaba el coche en casa; los mecánicos no habían sabido identificar el origen del humo negro que salía repentinamente del motor, que no arrancaba y hacía ruidos extraños al girar la llave del contacto. Había revisado en el teléfono móvil la opción de los autobuses, pero tendría que realizar trasbordo en dos vehículos, y tardaría en llegar el doble que montando en bicicleta o a marcha ligera.

Siguió apretando los pedales y dando vida a unos músculos que se habían acostumbrado a la comodidad del sofá y al asiento del automóvil. Intentó arreglar aquella vieja chatarra que usaba antaño para ir a la facultad, estuvo un rato inflando las ruedas hasta descubrir que ambas estaban pinchadas ¡Genial! ¡Todo era fantástico ese día!

Sin embargo, fue su mujer la que le recomendó usar una bicicleta pública. Él se quedó perplejo al escuchar que existían cosas de esas. No estaba muy metido en ese mundo que consideraba temas de “gente fitness”.

Total, que allí estaba, con la evolución genética del velocípedo en versión pública, recorriendo el parque. Tras girar por un sendero, hubo un movimiento que le resultó sospechoso. Levantó la vista, y se percató de que los árboles parecían distintos. Sus ramas estaban mustias, los troncos habían ennegrecido y un soplo de viento podría tumbarlos sin miramientos, pero... Pedaleaba, y cambiaban. Se hinchaban un poco y recuperaban algo de color. Se detuvo y los vio encogerse ¿Qué era aquello? ¿Un programa de esos, de cámaras ocultas? ¿Algún trastorno perceptivo? Volvió a pedalear y se hincharon de nuevo, recuperando el color. Otra vez más y se hicieron más robustos. Otra, y las ramas se levantaron con fuerza. Pedaleaba, y los árboles se contraían y extendían. Lo comprendió y sonrió, llegó a la Cartuja a toda velocidad. Luego llamó a su mujer para decirle que desde ahora cogería la bicicleta para ir al trabajo.

Los árboles respiraban un día más, gracias a él.